

Richard Rorty: *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX*, traducción y glosario de Ramón José del Castillo, Barcelona: Paidós, 1999, 176 pp.

El título original de la obra que comentamos es "Achieving our Country". No es fácil encontrar una traducción en castellano que reproduzca fiel y concisamente esa expresión. "Forjar nuestro país", en todo caso, aun siendo por su plasticidad una buena traducción, es una fórmula que invierte acaso el sentido de lo que se quiere expresar. Porque lo que le importa justamente a Rorty es decir no que el país está por forjarse, en el sentido de hacerse o de construirse, sino que está por culminarse, en el sentido de terminar de hacerse o de preservar y mejorar lo ya (bien) hecho. Por añadidura, al convertir el gerundio en infinitivo, la fórmula castellana se priva de la connotación del proceso en acto que es también esencial para el autor.

Para aclarar mejor el sentido del título, vayamos al origen de la expresión, y entremos así en materia. "Forjar nuestro país" ("to achieve our country"), nos lo dice el mismo Rorty (pp. 26-27), es una expresión usada por el novelista afroamericano James Baldwin en su obra *The Fire Next Time* para referirse a la tarea que le toca aún realizar al pueblo americano si anhela cumplir su sueño de hermandad entre las razas; la expresión revela la insatisfacción con el presente, la crítica del pasado, pero asume igualmente una esperanza de solución. Rorty contrasta esta actitud vital con la del líder religioso islámico Elijah Muhammad (de los *Black Muslims*), a quien el propio Baldwin cita en su libro. Para Muhammad, el mal americano es irremediable; la crueldad de los blancos se asocia a una suerte de condición ontológica que hace imposible la perspectiva de una solución. "La diferencia –sostiene Rorty– entre la forma que tiene Elijah Muhammad de ver a Estados Unidos y la que propone Baldwin es la misma que existe entre decidir ser un espectador y poner el destino de Estados Unidos en manos de fuerzas no humanas, o decidir comportarse como un sujeto activo (*an agent*)" (p. 26).

Hay pues una relación estrecha entre, de un lado, la actitud del agente y la percepción esperanzadora de la realidad y, de otro lado, entre la actitud del espectador y la percepción fatalista de la historia. "Forjar el país" es sólo posible desde la primera perspectiva. Ya en esta explicación del origen de la expresión que da título al libro se halla *in nuce* la tesis central de Rorty, tanto en lo que respecta a la memoria histórica

de la izquierda norteamericana, como en lo que respecta, más en general, al cuestionamiento de ciertos tópicos de la filosofía política contemporánea.

Al inicio del libro hallamos esta misma tesis formulada en términos más abstractos. "El orgullo nacional, se nos dice allí, es para los países lo que la autoestima para los individuos" (p. 19). Así como un exceso de autoestima produce arrogancia en los individuos, un exceso de orgullo nacional fomenta la actitud imperialista en los países. A la inversa, así como una baja autoestima impide el crecimiento de los individuos, la falta de orgullo nacional hace imposible el desarrollo de los países. El justo medio, en los individuos y en los países, está en ese punto en que el orgullo se sobrepone a la vergüenza; sólo entonces parece posible adoptar una actitud constructiva frente a la vida personal o nacional.

En el marco de esta suerte de psicología moral colectiva halla su lugar la diferencia entre la actitud del espectador y la del agente. Adopta la actitud del agente quien da muestras de poseer la suficiente autoestima como para sobreponerse a la propia vergüenza y pensar en el futuro. El agente, o el país, encuentra en sí mismo la fuerza moral que alienta la tarea de reorientar su historia. Éste es, como vimos, el caso de Baldwin, y éste es principalmente el caso de los dos paradigmas de conducta moral a los que Rorty quiere asociar su empresa: Walt Whitman y John Dewey. Adopta la actitud del espectador, en cambio, quien se rinde ante la propia vergüenza y no consigue recuperar la autoestima; las cosas son para él, o para su país, irremediables. Esta curiosa y reveladora alianza entre la baja autoestima y el papel de espectador se manifiesta frecuentemente en dos actitudes morales que el sujeto adopta con respecto a sí mismo o a su propia historia: el fatalismo y el sarcasmo. (Rorty habla de "selfdisgust" y "selfmockery", que Del Castillo traduce por "tono de malestar" y "burla". Esta traducción le quita fuerza a las expresiones originales; prefiero por eso, aun a sabiendas de que no respeto la literalidad, utilizar esos otros términos.) Es *fatalista* la historia que relata los males sociales como si fuesen irremediables; es *sarcástica* la historia que ridiculiza el propio pasado como si transcurriese en un escenario ajeno. Y ambas actitudes revelan un problema de autoestima porque no permiten encontrar en uno mismo, o en la memoria nacional, las fuerzas que ayudarían a cambiar, y a mejorar, el rumbo de las cosas.

El destinatario principal de estas reflexiones es la comunidad intelectual norteamericana, ante la cual Rorty ofrece una reinterpretación del papel de las izquierdas en el siglo XX. Su propósito es cuestionar la versión de la "nueva izquierda" (posterior a la Guerra de Vietnam), la cual, a fuerza de cuestionar "el sistema" en su totalidad, ha ignorado la valiosa contribución de la izquierda liberal de comienzos de siglo, renunciando de ese modo a una tradición que habría debido serle aliada, y

cubriendo paulatinamente sus intereses de un manto de fatalismo. La nueva izquierda constituye un claro ejemplo de la actitud del espectador ante la historia del país, una actitud que ha perdido la capacidad de intervenir en la agenda política concreta y que no tiene por ende nada que ofrecer para el futuro de la nación. Pero, si éste es el foco principal de atención del libro, no cabe duda de que sus reflexiones trascienden el contexto norteamericano y tocan puntos neurálgicos de la discusión de la filosofía política contemporánea, en particular algunas posiciones comunitaristas, culturalistas o postmodernas. Veamos más en detalle cómo se articula la tesis central en el conjunto de la obra.

El libro se compone de tres capítulos que, como es usual en el contexto académico norteamericano, se remontan a un ciclo de conferencias que Rorty dictó en el Stanford Humanities Center. A ellos se suman dos ensayos breves de corte más coyuntural, pero que iluminan el conjunto desde una perspectiva más práctica. Todos los ensayos son en cierto modo variaciones en torno al tema central esbozado más arriba. Ya en el primer capítulo, "El orgullo nacional de Estados Unidos: Whitman y Dewey", Rorty traza una línea divisoria entre las izquierdas de su país y se propone explicarnos "el protagonismo que tuvieron Whitman y Dewey en la creación de la imagen de Estados Unidos que estuvo omnipresente en la izquierda estadounidense anterior a la Guerra de Vietnam" (p. 25). La imagen que ambos acuñan responde a una actitud moral análoga a la reseñada en la controversia entre James Baldwin y Elijah Muhammad: es la actitud del agente comprometido con la causa de la nación, capaz de reconocer la sustancia positiva de su memoria colectiva y consciente por tanto de poseer la suficiente autoestima como para forjar o seguir forjando el país. La imagen misma es la idea de la democracia como una nueva concepción del ser humano, como un proyecto cívico común de fraternidad y solidaridad que se proyecta más allá de las fronteras americanas. Es una visión acaso metafísica, pero en una variante secularizada, heredera del historicismo hegeliano que hizo suyo la escuela pragmatista norteamericana. Por contraste, la actitud, y la imagen, de la "nueva izquierda", al interpretar los males de la sociedad como consecuencias de la identidad o el sistema mismos de la nación, ha hecho uso del discurso metafórico del "pecado" y ha resacralizado, en consecuencia, la lectura de la historia nacional. Ha sido por eso "una izquierda espectadora, fatalista y sarcástica, y no una que sueña con llegar a forjar nuestro país" (pp. 43-44).

Si en el primer capítulo se presentaba el sueño democrático y solidario de la izquierda liberal americana en clave de psicología moral colectiva, en el segundo, titulado "El eclipse de la izquierda reformista", lo que se analiza es la desaparición o la minusvaloración de esa izquierda, y de ese lenguaje. Lo que más parece interesarle

a Rorty, sin embargo, es el curioso, injusto y por demás persistente desconocimiento del mensaje de esta izquierda, aún en la actualidad. Más que una explicación sociológica neutral de la evolución de los conflictos entre los grupos de la izquierda, lo que hallamos es un lamento. Las cosas se ponen interesantes, y hasta sabrosas, cuando por esta vía Rorty comienza a hablar de su infancia. Hijo de una familia de intelectuales ilustrados y progresistas, creció frecuentando en su propia casa a muchos de los protagonistas de ese movimiento. Nos narra en el libro cómo vivió de niño la exclusión y la difamación de las que fue víctima su padre cuando abandonó el Partido Comunista. El progresismo –entendemos allí claramente– no tenía por qué verse cuestionado por el hecho de romper con el burocratismo del Partido; muy por el contrario, la verdadera izquierda, como ha podido comprobarse con el tiempo, estaba y está aún en el otro lado. Tuvieron razón los liberales reformistas. Tuvo razón su padre... Hay aquí también fuentes de las que se nutre la persistente animadversión de Rorty por el marxismo, o su menosprecio del dogmatismo. Se entiende, en todo caso, por qué le complace llamarse a sí mismo “un bebé anticomunista con pañales rojos” (p. 61).

Un análisis más agudo del destino de esta nueva izquierda es lo que encontramos en el tercer capítulo, titulado “Una izquierda cultural”. Lo que se ha ido produciendo paulatinamente, nos dice Rorty, es un giro de la preocupación por las injusticias económicas hacia una nueva preocupación por las humillaciones culturales; se ha producido un desplazamiento de Marx a Freud, o de la problemática del egoísmo a la problemática del sadismo. Y ha nacido así “una izquierda cultural dentro de la academia” (p. 72). El desplazamiento del interés de los intelectuales hacia las políticas de la identidad y las diferencias culturales, o hacia el reconocimiento de las distintas formas de alteridad, nos revela efectivamente que no es ya la justicia social o la redistribución económica lo que constituye el foco de atención, sino más bien la reivindicación de las identidades humilladas. Como, además, los móviles del sadismo se remontan a estructuras mentales o al propio sistema cultural en su integridad, esta nueva intelectualidad ha tomado distancia de la agenda política concreta, ella misma contaminada de sadismo, y se ha recluso en una torre de cristal, desde la que promueve “estudios de victimismo” (p. 74) que presuponen siempre directa o indirectamente una crítica demoledora (“fatalista”) de la historia nacional. Esta actitud de la izquierda ha tenido, por cierto, piensa Rorty, un efecto beneficioso para la cultura política norteamericana, pues ha contribuido a sensibilizar a la opinión pública y a disminuir realmente el sadismo. Pero ha tenido también un efecto pernicioso, pues entretanto se han ido incrementando la desigualdad económica y las injusticias sociales, sin que esto haya sido motivo de preocupación para la nueva izquierda. Concluye

por eso: "es como si la izquierda de Estados Unidos no pudiera desarrollar más de una iniciativa al mismo tiempo, como si para prestar atención a la economía tuviera que ignorar los estigmas, o viceversa" (p. 77).

En esa agenda política concreta que la izquierda cultural desconoce o malinterpreta se percibe actualmente el surgimiento de un nuevo mundo orwelliano, en el que el "Partido" son los grandes beneficiarios del cosmopolitismo económico y la globalización. Estos grupos son cada vez más pequeños, incluso dentro de las grandes potencias, y sólo parecen poder gozar de las ventajas del sistema a expensas de las mayorías de sus propios países. La situación económica actual es una bomba de tiempo política en el mediano plazo, razón por la cual algunos autores sostienen que estamos ingresando a una "nueva era de Weimar". El propio Edward Luttwak advierte sobre el peligro de fascismo que se cierne sobre las democracias industrializadas (cf. pp. 82-83), en la medida en que las demandas insatisfechas por empleo y bienestar de las grandes masas podrían canalizarse a través de las promesas populistas de algún hombre de hierro. Esta advertencia tiene por cierto un eco muy particular en América Latina, y sobre ella podrían hacerse diversos comentarios. Lo que a Rorty le interesa es mostrar cuán alejada de la realidad política contemporánea está la izquierda cultural (la americana, pero no sólo ella), y cuán graves son los problemas que exigirían una reflexión y una intervención de parte de una izquierda verdaderamente responsable. Propone por eso dos cosas a la izquierda: una "moratoria de la teoría" y un esfuerzo por "poner en acción lo que queda de nuestro orgullo americano" (p. 84). Lo primero, la moratoria de la teoría, es un reclamo para que se abandone el lenguaje artificial y artificioso del postmodernismo culturalista, ese "ambiente intelectual gótico" (p. 86) que disuelve los problemas políticos en juegos metafísicos de la identidad y la diferencia, y que se construye sus propios fantasmas, como el del "poder" ubicuo y satánico, contra los que combate en castillos conceptuales; "desengancharse de la práctica produce alucinaciones teóricas" (p. 86). Lo segundo, la recuperación del orgullo americano, es un llamado a volver a las fuentes del ideal democrático de la izquierda reformista de Dewey y Whitman, sobre cuya base podría la izquierda conectarse realmente con la agenda política y social del país, y contribuir así a cambiar las cosas en la realidad.

El libro se cierra con una "Addenda" que contiene dos textos más breves y más coyunturales, pero muy ilustrativos. El primero es el texto de una conferencia titulada "Movimientos y campañas", que Rorty dictó en homenaje a Irwing Howe, el fundador de la revista *Dissent*. Es igualmente un testimonio personal de la importancia que tuvo para el joven Rorty la recepción del debate de la izquierda intelectual de los años 1950 en revistas como la mencionada y como la *Partisan Review*. Rorty se solidariza espon-

táneamente, como era de esperar conociendo ya su posición, con la línea de *Dissent* por haber promovido precisamente la participación de los intelectuales en múltiples “campanías” en favor de conquistas sociales específicas, y por defender su libertad frente a quienes sostenían, por ejemplo desde la *Partisan Review*, la necesidad de pertenecer a un “movimiento” como el marxismo. En el elogio de la figura de Howe se expresa nuevamente el desdén de Rorty frente a las concepciones dogmáticas, globalizantes, que reinstauran una y otra vez en la historia el totalitarismo de la religión o el de las ideas platónicas.

El último texto se titula “La fuerza inspiradora de las grandes obras literarias”. Rorty hace aquí un comentario irónico y demoledor: nos dice que el ascenso de los estudios culturalistas que actualmente se observa en los departamentos de inglés de las universidades norteamericanas puede compararse al ascenso que tuvo el positivismo lógico en los departamentos de filosofía en los años treinta. En ambos casos se propaga una tendencia a disecar el conocimiento, a filtrar la realidad a través de un mecanismo de igualación formal, a practicar un esnobismo conceptuoso. Pareciera buscarse un antídoto contra el asombro o el entusiasmo románticos. Es una opción por el conocimiento, no por la esperanza. En contra de aquellas tendencias, las grandes obras literarias poseen una “fuerza inspiradora” ligada al ingenio, a la inventiva, a la imaginación, a la creatividad de los “profetas” y los “demiurgos” (cf. pp. 112-113). Algo de esa utopía romántica hace falta en los departamentos de literatura y de filosofía y, más en general, en la cultura académica de Estados Unidos. Porque ésta parece vivir, como lo dice Harold Bloom, de una “extraña mezcla entre Foucault y Marx” (p. 116); parece combinar el postmodernismo con el dogmatismo, la arrogancia intelectual con el fatalismo, al margen además de la historia política real del país. “La izquierda académica foucaultiana en los Estados Unidos de hoy día es exactamente el tipo de izquierda con el que sueña la oligarquía: una izquierda cuyos miembros estén tan ocupados desenmascarando el presente que no tengan tiempo para discutir qué leyes necesitarían implantarse para crear un futuro mejor” (p. 117).

El libro de Rorty presenta pues, como vemos, un tema central y una serie de variaciones que pueden tener ecos distintos dependiendo de los lectores y de los contextos. Siendo primeramente una toma de posición en el debate sobre la identidad nacional americana, es igualmente una lectura original de algunos temas centrales de la filosofía política y una interpretación del papel que los intelectuales deberían jugar en la sociedad en la que viven. Para defender su posición, entra en discusión con muchos intelectuales americanos, que aquí han sido apenas mencionados, pero también con muchos filósofos y con muchas tesis filosóficas que forman parte del entra-

mado hermenéutico de la vida contemporánea. El propio relato de su historia personal es parte del *gran relato* que quiere proponer para seguir *forjando su país*. No llama la atención por lo mismo que el libro de Rorty haya tenido una acogida tan grande en el mundo entero, ni que sobre él se hayan ya desatado muchas polémicas. Aquí se ha querido sólo destacar la originalidad de su tesis central, la coherencia con que es defendida, y el aire fresco que este ensayo envía, como muchos otros de Rorty, al nebuloso clima filosófico contemporáneo.

Una última palabra debe decirse aún sobre la edición española. El traductor y responsable de la edición, Ramón José del Castillo, le ha añadido un estupendo glosario (de aproximadamente 60 páginas) con muy buenas reseñas de los nombres que aparecen citados en el libro. Es un glosario muy bien hecho y muy completo, sumamente útil para el lector en castellano. Contiene además un sugerente prólogo de Rorty a la edición española. Es, en fin, una buena traducción, aunque puedan naturalmente plantearse reservas puntuales. Una magnífica edición.

Miguel Giusti

Pontificia Universidad Católica del Perú